

Significa valiente

Me detengo antes de llegar frente a la puerta de mi casa; sé que cuando la crucé todo volverá a teñirse de negro. Los gritos, los golpes, las amenazas, todo eso volvería a la atmósfera que era mi vida. Miro hacia atrás una última vez, lanzando un suspiro para relajarme antes de volver al infierno.

—Tú puedes, Astrid; respira tranquila—me digo para autoconvencerme de que nada malo va a pasar.

Desgraciadamente, me equivocaba una vez más, pues nada más entrar recibo un primer golpe; el primero de todos los que vienen después. Seguro que piensas que me lo merezco por algo malo que he hecho, pero en realidad no es así; todos los días sucede inevitablemente y todos los días tengo que aceptarlo.

Varios minutos después logro llegar al único lugar seguro de esa casa, mi habitación. Cierro la puerta con las pocas fuerzas que tengo antes de curar las nuevas marcas de mi cuerpo.

Un nuevo día ha llegado y lo primero que escucho como siempre es discutir a mis padres hasta que, de repente, se empiezan a escuchar como platos y vasos de la cocina se rompen contra el suelo. Todo mi cuerpo entró en modo automático al salir de casa para alejarme corriendo; sin contar, claro que me choqué con otra persona mientras huía.

—Perdón, no te había visto—me disculpé al momento mientras me intentaba levantar, sin éxito.

—No pasa nada, culpa mía por ir distraída—convino aquella desconocida.

La contraria se levanta ofreciéndome una mano que no dudo en aceptar para lograr ponerme de pies. Se da la vuelta para ponerse su bolsa de deporte sobre el hombro y, después de despedirse, no la vuelvo a ver, ya que ha desaparecido. Decido seguir mi camino hasta cruzarme con mi mejor amiga Kiara, que como de costumbre ha salido a correr para despejar su mente.

—Sigo diciendo que deberías de denunciarlo—me recomendó mi amiga cuando nos dirigíamos hacia el puesto de helados.

—Me tiene amenazada, Kiara, ni aunque quisiera podría denunciarlo sin que alguien pagase las consecuencias de mis actos —repetí antes de elegir el sabor de mi helado.

—Acaban de abrir un nuevo dojo de karate, si no vas a denunciarle al menos aprende a defenderte de él y sus golpes—al escuchar sus palabras un rayo de esperanza apareció por primera vez.

Así que eso hice, fui con mi amiga al local donde supuestamente se enseñaban clases de karate. La verdad es que por fuera no tenía mala pinta. Sin embargo, mi viejo amigo, el miedo, hizo acto de presencia justo en el momento en el que pisé el interior del lugar; miedo por no aprender y que fuese demasiado tarde para defenderme.

En el interior se podía ver a varios chicos repitiendo las instrucciones que les daba un hombre que debería de rondar los cuarenta años, debía de ser su maestro. El hombre se detuvo para mirarnos a mi acompañante y a mí; entre todos los chicos distinguí a la chica con la que tuve mi pequeño accidente.

—¿Qué queréis?—nos preguntó el mayor con algo de molestia.

—Solo veníamos a apuntarnos—le comunicó mi amiga.

—Claro que solo si es posible...

—Astrid, vamos a poder, no seas así.

La verdad es que no se equivocaba, pues semanas después estábamos dentro del dojo aprendiendo karate con el resto de las personas. Resultó que la chica con la que coincidí se llamaba Nadia y era nueva en la ciudad, según nos comentó, fue por la separación de sus padres.

—Lo que yo daría porque mis padres se separaran de una vez—pensé para mis adentros cada vez que pensaba en la situación de mi amiga.

Las cosas en casa no mejoraron, las peleas entre mis padres aumentaron considerablemente hasta llegar a las situaciones en las que ambos me usaban como si fuera un objeto, no una persona. Intenté protegerme de todos los golpes, de sus manos tocando límites que nunca se habían atrevido a traspasar; intenté

defenderme de los monstruos y no pude todo fracasó cayendo por el fondo del pozo.

Todos los días era cruzar esa puerta y todos los días, sin excepción alguna, sus manos aterrizaron en mi cuerpo. Ya no salía de casa nada más que para ir al dojo y ver a Nadia, con quien empecé una relación romántica a escondidas de mis padres, claro.

Justo cuando todo parecía mejorar, cuando todo comenzó a tomar buen camino, me confié tanto que sin saberlo iba a vivir mi peor pesadilla. Al igual que todos los viernes fui al dojo a entrenar junto a mi mejor amiga, pues mi novia debería de estar allí; sin embargo, no había rastro de ella.

Durante el regreso a casa supuse que se habría enfermado. Llegué a mi casa intentando no hacer ruido para despertar a mis padres; fracasé estrepitosamente.

—Ya era hora de que llegaras, muero de hambre—escuché decir a mi padre sentado en el sofá con una cerveza en la mano—. ¡Muévete, niña!

No crucé ningún tipo de palabra con él, ya que me intimidaba de una manera increíble, por lo que me dirigí a la cocina. Una vez la cena estuvo sobre la mesa; el silencio inundó la estancia. Odiaba cuando sucedía, eso solo significaba una cosa: peligro.

Y no me equivocaba, pues antes de que tuviera tiempo de hablar, el puño de mi padre cayó sobre mi cara, dejándome una marca en la mejilla. Después lo siguieron una serie de golpes mientras mi madre simplemente observaba, para minutos después unirse a él.

—¿Creíste que no nos íbamos a enterar? Eres una ingenua, Astrid; tú y esa chica estúpida que no sirve para nada —bramó mi padre entre golpes—. Las mujeres deben de estar con hombres y quedarse en la casa con los hijos.

—¡Eres una vergüenza para esta familia!—gritó mi madre, llena de euforia.

Ya no aguanté más, no lo soporté ni un segundo más; me defendí de sus ataques. Bloqueé con una de mis manos uno de los brazos de mi padre para

después asentarle una patada seguida de otro golpe mientras alejaba a mi madre.

—¡No me has dado más que una vida de mierda! ¡Me has hecho vivir con miedo toda mi vida! ¿Sabes qué, papá?—le espeté a aquel hombre—. Ya no te tengo miedo.

Tras esto, salí corriendo de casa en dirección a la comisaría de policía del pueblo, llegando a escuchar todas las maldiciones que mi padre soltaba por la boca. Cuando llegué al lugar, me armé de valor para denunciar aquello que tanto tiempo me había callado; la violencia que había sufrido durante tantos años.

Horas más tarde, mi casa estaba rodeada de vehículos de la policía que le pedían a quien supuestamente era mi padre salir y entregarse de manera voluntaria. Claro que esto nunca sucedió, pues los oficiales tuvieron que entrar y detener a mi padre con mi madre. Llorando y corriendo detrás de él, la separaron de él para llevarla a hablar con un experto.

Un año más tarde fue el juicio a mi padre, se le condenó por violencia de género, abuso de poder, abuso de menores y manipulación. Mi madre, por su parte, logró recuperarse poco a poco de toda la manipulación que habían ejercido toda su vida sobre ella.

Fui a visitar a la mujer que me trajo al mundo varias veces a la clínica donde estaba siendo ayudada. Muchas veces jugábamos a las cartas con un grupo de señoras mayores de las que se había hecho amiga, otras, iba a visitarle con Nadia, a quien aceptó poco a poco y algunas veces simplemente hablábamos.

—¿Por qué me llamaste, Astrid?—le pregunté un día durante una de nuestras charlas.

—Por el significado que tiene, y la verdad te queda muy bien —me contestó ella sonriendo.

—¿Qué significa?

—Significa valiente, porque eso eres, Astrid. Eres una guerrera valiente desde el día en que naciste.